

La vida troglodítica en Jódar*

Joaquín COSTA

No conoce la ciencia al hombre de las cavernas sino con relación a los llamados tiempos prehistóricos. Diríase que la arquitectura troglodítica había pasado por completo al dominio de la arqueología, que la cueva no figuraba ya entre los modos de habitación usuales en nuestro país. Y, sin embargo, nada más lejos de lo cierto: apenas existe población de la Península que no tenga alojada en subterráneos una parte de su vecindario; las hay en que la proporción llega a un tercio del censo, a la mitad, y aun a las dos terceras partes; en algunas, la población entera se compone de trogloditas, sin otras construcciones al exterior que dos o tres para los servicios públicos más importantes. Los habitantes de las ciudades vivimos tan ajenos a este hecho, que será para todos una revelación el día que la Administración pública ordene y dé a conocer una estadística de las cuevas habitadas en proporción al número de casas existentes en territorio español y las familias que habitan unas y otras. Y no que el hecho en cuestión sea indiferente o de mera curiosidad, sin valor práctico para la vida; antes bien surgen de él multitud de problemas de vario orden, históricos, antropológicos, administrativos y económicos, cuyo estudio conceptuamos de mayor interés y que es extraño no hayan solicitado hace ya mucho tiempo la atención de sociólogos, médicos y economistas.

Para que estos problemas puedan resolverse algún día, precisa lo primero allegar materiales positivos, recogidos en la observación directa de los lugares y en el examen de las personas que habitan en ellos. A esta necesidad responden los siguientes apuntes, tomados por el que suscribe a vista de las cuevas de Jódar (Jaén), con auxilio de sus celosas autoridades alcalde, párroco, juez municipal, médico titular, notario y secretario del Ayuntamiento, y en especial del Sr. D. Luis Blanco Latorre, notario eclesiástico, como de algunos otros vecinos, a quienes doy aquí público testimonio de agradecimiento.

* **Nota editorial:** texto publicado originalmente en 1888 e incluido después en la obra *Derecho consuetudinario y Economía popular de España* de Joaquín Costa (1902, Barcelona: Henrich y C^a). La presente versión es una edición revisada a cargo de Ramón Ojanguren Añover.

Cómo citar:

Costa, Joaquín [1888] (2024). La vida troglodítica en Jódar. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 24(2), tc2401.

Situación y número de las cuevas de Jódar, superficie, departamentos, llanete¹

Cuenta esta villa unos 5700 habitantes. Algo más de la tercera parte tiene cuevas por viviendas, en número de 406: el resto de la población habita en 1156 casas.

Se hallan situadas las cuevas en una ladera de pendiente no muy pronunciada, de tierra cascajosa, dura y consistente. Las calles son de dos especies: ora caminos o trochas abiertas de derecha a izquierda, siguiendo aproximadamente una curva de nivel, y en este caso, según es fácil comprender, sólo hay cuevas a uno de los lados; ora los barrancos que recogen las aguas de lluvia y corren a lo ancho de toda la ladera, de arriba abajo, en cuyo caso las cuevas se abren a ambos lados.

Para tomar altura suficiente, se principia por abrir desde el camino –calle, en dirección coordinada a ella, o sea, cara a la cumbre, o desde el barranco a la derecha o a la izquierda, una zanja a cielo abierto, de ocho a diez metros de longitud. Al extremo de este desmonte se excava la puerta, de la altura de un hombre o algo menos. A las veces, el suelo de la cueva no se deja al nivel de la zanja o callejón exterior, sino 20 o 60 centímetros más bajo, a fin de obtener encima, para lo que ha de ser techo o bóveda de la cueva, suficiente grueso sin hacer demasiado larga la zanja o desmonte en cuestión. Lo ordinario es que a cada cueva corresponda una zanja; pero algunas veces en una sola zanja hay dos cuevas, y no falta casos de tres, una de frente y dos laterales. Esas zanjas al aire libre, que son otros tantos ramales o ramificaciones de la calle y al nivel de ella, se dicen llanetes.

La superficie media de las cuevas oscila entre 16 y 75 metros. Las más humildes constan de un vestíbulo de 8 a 9 metros cuadrados, única pieza alumbrada; una cocina con hogar, de 4 a 6 metros cuadrados, y chimenea que sale a flor de tierra por la parte de afuera, y un dormitorio poco más extenso: a esto se agrega en muchos casos una reducida cuadra, capaz para un borrico. Sus comunicaciones con el exterior son dos únicamente: la puerta y la chimenea, no reciben, por tanto, más luz que la que penetra por aquella, pues la de la chimenea es tenuísima y casi nula. Así es que la vida de este pueblo singularísimo se realiza comúnmente al aire libre, junto a la puerta de la cueva, sea a la parte de afuera, en el "llanete", sea a la parte de dentro, en el vestíbulo, cuando llueve o hace mucho calor o frío. En los casos en que la zanja o llanete corresponde a una sola cueva o a dos de frente, suele tener a uno de los lados una cuevecilla minúscula de un metro en cuadro o uno y medio, donde se sienta la inquilina para trabajar con más luz que en el vestíbulo de la habitación y al abrigo de la lluvia o del sol.

Sólo una cueva de las 406, la llamada de la Piquita, se aparta de la regla ordinaria, y es una prueba de que este género de construcción admite desenvolvimientos de mucha más consideración que los que ha alcanzado hasta ahora. Recibe luz dicha cueva por dos zanjas diferentes; en la una tiene la puerta de entrada, por donde se pasa a un vestíbu-

¹ La cursiva es de Costa.

lo relativamente extenso y bien cuidado, de paredes y bóveda revocadas, que sirve de tienda, y una reja al nivel del suelo, que da luz a una sala lateral; en la otra, que sirve al propio tiempo de entrada o llanete a la cueva vecina, tiene una segunda reja que alumbraba un gabinete relativamente lujoso. Tiene, además, cocina, leñera, cuadra más espaciosa que lo ordinario y una pocilga para cerdo. Realmente la cueva de la Piquita se compone de tres cuevas ordinarias puestas en comunicación interiormente y formando una sola.

Condiciones de salubridad de estas viviendas

A vista de esto, lo primero que se ocurre pensar es que los habitantes de las cuevas han de dar a la mortalidad un contingente mucho mayor que la población alojada en casas. Y, sin embargo, es justamente lo contrario lo que sucede. El Dr. Gaspar Cortés, uno de los dos médicos titulares de la vida, que presta el servicio facultativo en unas 200 cuevas, afirma como hecho cierto que la proporción de enfermos es siempre menor en estas que en las casas. En 1885 el cólera no penetró por contagio directo en los barrios compuestos de cuevas (hubo sólo casos esporádicos), mientras que en los compuestos de casas hizo gran estrago. No se conoce enfermedad alguna especial que ataque a los primeros de preferencia sobre los segundos. El tránsito brusco y repetido de la obscuridad a la luz no los predispone a las oftalmías. Los niños, que pululan por los llanetes y en derredor de las piedras donde se machaca el esparto, y que juegan ellos mismos, no bien saben tenerse en pie, a majar diminutos hacecillos con macitos de muñeca, ofrecen un aspecto de robustez y de salud que no es frecuente entre los hijos de los propietarios de las ciudades.

Contribuyen a este resultado, según puede adivinarse las siguientes causas:

1. La temperatura dentro de las cuevas es casi uniforme durante todo el año: son, por tanto, calientes en invierno y frescas en verano. Por esta razón la escasez de ropa, común entre las clases pobres, no influye desfavorablemente en la salud, como sucede en las familias que viven en casas, donde el frío se añade a la falta de alimentación para debilitarles el organismo.
2. Cerrada la puerta durante la noche, la cueva y sus habitantes quedan incomunicados con el exterior, ajenos a toda clase de cambios atmosféricos. No puede decirse, sin embargo, que el aire quede confinado en absoluto: la chimenea obra a modo de ventilador artificial, ayudado por las rendijas de la puerta, ordinariamente mal ajustada; con que se produce una corriente tenuísima, que renueva muy poco a poco el aire sin alterar sensiblemente la temperatura. Acaso deba añadirse la adaptación hereditaria.
3. Mayor fuerza de resistencia vital, nacida del género de vida que llevan estas gentes. Durante la temporada de siega y de la recolección de aceitunas son braceros del campo: el resto el año se dedican a la recolección y labor de esparto. Viven,

por tanto, la mayor parte del año al aire libre, sea en el campo, sea en el llanete: en el verano y otoño, hasta de noche trabajan a la parte de afuera de la cueva, a la luz de la luna, para economizar alumbrado. Luego, el trabajo pesado de majar a campo raso y en todo tiempo el esparto con un voluminoso mazo de madera, trabajo que alcanza a todos, sin distinción de sexos ni de edades, endurece el cuerpo haciéndolo apto para resistir el influjo de las causas morbosas que le minan por otro lado la existencia: a este género de trabajo se atribuye el desarrollo excepcional de las caderas que se observa a primera vista en las mujeres. Añádase que la mayor parte de las cuevas se hallan situadas en alto, en la falda del cerro: los barrios compuestos de casas, donde mana la fuente, están al pie, y alrededor de ellos, y más bajos, los campos donde se cría el esparto: supone esto fatigosas ascensiones diarias, con cargas de esparto los hombres y de agua las mujeres, que han de provocar en ellos un desarrollo y dureza de los pulmones mayor que en el resto de la población.

4. Acaso deba añadirse a todo esto la posibilidad de alimentarse algo menos mal que los proletarios que habitan en casas, a causa de pagar menos alquiler, o, en todo caso, menos contribución de inmuebles.

Valor en venta; alquileres; transmisiones

El valor en venta de una cueva es, por término medio, de 20 a 25 duros; las hay hasta de 10, y aún menos, de 8; la de la Piquita está valorada en 50, pero no existe otra de este precio. –Su alquiler oscila entre 2 y 7 reales mensuales. –Coste de la contribución, 5 a 6 reales al año.

Una casa construida de tapial en las calles extremas de la villa baja, con igual número de habitantes o departamentos que las cuevas, sólo que más espaciosos, vale de 125 a 150 duros, y renta unos 10 reales mensuales.

Cuesta, pues, en arrendamiento una cueva la tercera parte que una habitación de casa. Pero en proporción a su valor en venta, las casas rentan menos que las casas.

Ya se comprenderá que estas fincas no figuran en los protocolos notariales ni utilizan el Registro de la propiedad. Cuando en un país se legisla tan abstractamente y tan sin conocimiento de la realidad como en España, una gran parte de la vida, tanto privada como pública (obligaciones, propiedad, régimen municipal, etc.), queda fuera de la ley y tiene que crearse un estado de derecho propio suyo, para cuya realización no presta ningún género de garantías el Estado. En otro lugar me he ocupado del Notariado y del Registro consuetudinarios que el pueblo ha inventado a imagen de los oficiales, siéndole estos inaccesibles por lo complicados y por lo gravosos; y he dicho que los órganos principales de ese Notariado popular son, entre los funcionarios del Estado, los secretarios de ayuntamiento y los jueces municipales, y, entre las personas privadas, los escribientes de las Notarías públicas y de los Registros y los barberos. En Jódar es un barbero

quien autoriza las escrituras privadas en que se consignan las enajenaciones de cuevas. A continuación reproduzco, con su misma ortografía, uno de esos documentos, que vale por muchas páginas de texto.

“Decimos José López (a) Contento y Juana Gómez (a) Pirada ante Juan José Alados, maestro barbero con presencia de los testigos Juan Jiménez (a) Juan y medio y Manuel Rodríguez (a) Esculca que José López vende una cueba que heredó de su padre el tío José Contento que está en las cuevas de Vista-alegre en la zanja del tío Marinejo y la vende a la tía Juana Gómez por siete duros y cinco reales que an sido entregados ante mí y de los testigos en moneda de plata corriente linda por la derecha con otra cueba de tío Manuel García (a) Vocabrebra y por la izquierda con otra cueba de Antonio del Río (a) Jarriote, su fachada mira al sol saliente. Esta cueba la vende libre con todas sus entradas usos y servidumbres, con el derecho de una piedra de majar esparto y para que la compradora Juana Gómez pueda disponer de ella libremente a su favor se hace este escrito con toda validez como la de una Escritura, porque este contrato se hace de buena fe por los comparecientes que de buena voluntad lo hacen en esta villa de Jódar, no firman los testigos, pero hacen la señal de la cruz, fecha 14 de abril de 1855. † † Ante mí, Juan José Alados (hay una rúbrica)”.

Profesión de los trogloditas de Jódar; la siega; recolección de aceituna; espartería

Difícilmente se encontraría gente más laboriosa y útil que la de estas cuevas, y a quien más afanes y sudores cueste ganar el sustento. Los hombres y los muchachos de alguna edad van a trabajar a la siega, con objeto de ahorrar algún dinero para atenciones extraordinarias de la familia. Un mes antes de que llegue, ya no aceptan jornales en Jódar, dedicando todo el tiempo a arrancar y preparar (macerar y majar) esparto en gran cantidad para que no falte a las mujeres y niños materia prima que elaborar durante su ausencia.

A la recolección de la aceituna no van los hombres solos, sino toda la familia, recorriendo a este efecto, además del término de Jódar, los de Ubeda, Andújar, Marmolejo, etc. No rehúyen el trabajo ni aun las madres que crían: acuestan al niño en una espuerta de pleita colgada de un árbol, y después de alactarlo, dejan al viento el cuidado de mecerlo, prosiguiendo ellas con igual ánimo que las solteras y que los hombres la ingrata faena. Terminada fuera la recolección, se dan todos a la rebusca en los olivares de la villa durante uno o dos meses, porque ganan con esto más que en el trabajo del esparto: en las fincas grandes persevera la costumbre de anunciar los guardas por medio de un disparo de arma de fuego el día que queda libre la entrada a los rebuscadores. Es fama que algunos esconden aceituna en el campo durante la recolección, para desenterrarla y apropiársela al tiempo de la rebusca; y que por esta razón, los propietarios tienen que ejercer la más exquisita vigilancia.

Ya queda dicho que en el resto del año, la industria de las cuevas es la del esparto. Por una escritura de transacción y deslinde ajustada en 1848 entre la villa y el conde de Salvatierra, propietario de gran parte del término, quedó a favor de aquella, como aprovechamiento comunal, todo el esparto que se criase en sus heredades, lo mismo que el yeso y la leña necesaria para cocerlo. La operación de arrancarlo y llevarlo a la casa incumbe al padre, ayudado de los muchachos; si el padre ha muerto, le sustituye en este trabajo preliminar su viuda; también a veces va la mujer casada, cuando su marido salió a ganar jornal y se ha agotado la reserva de materia primera. Salen muy temprano, ordinariamente a las dos de la mañana: el que no tiene burro, transporta los haces de esparto a la cabeza. De regreso, a las diez, los cuecen en latas de desecho del comercio, de petróleo, dentro de la cueva; con lo cual, la maceración, que en agua a la temperatura ordinaria, exigiría muchos días y un capital en balsas o depósitos, se verifica en poco rato. Hervido el esparto, lo solean, después lo majan con mazos de madera en piedras grandes de pedernal colocadas al aire libre, cerca de la cueva, y por la tarde lo elaboran, convirtiéndolo en lía, ramal, sogá, quizneja, bozal, pleita para esteras, capachos para las fábricas de aceite, cenachos, aguaderas, felpudos, esparteñas, obías o agobías, etc. En el mismo día venden la labor hecha a una tratera, sea a precio de dinero, sea en especie, pues las trateras tienen tienda de comestibles. Son estas varias, y viven en las cuevas: la ya nombrada Piquita es una de ellas. A veces adelantan a las familias el pan del día por la mañana, para cobrárselo en esparto labrado por la noche.

El esparto que las trateras van adquiriendo en esa forma, no lo venden para el consumo, sino que lo ceden a los almaenistas de la villa, que han de exportarlo. Los capitalistas que se dedican a esta lucrativa comisión en Jódar son tres.

Uso directo del esparto por los trogloditas de Jódar: calzado, combustible

Al mismo tiempo que recolectan esparto por la mañana, procuran hacerse con un hacillo de leña para las necesidades del día. Sírvense, además, como combustible de los desperdicios del esparto. Los jornaleros que viven en la villa (los cuales no son esparteros) tienen que comprar carbón o leña.

Otra aplicación que dan al esparto es el calzado. Hasta la edad de diez o doce años, los muchachos, los muchachos llevan desnuda la cabeza y descalzos los pies, que es a lo que llaman *ir a casco*. Cumplida dicha edad, principian a usar sombrero y calzado de esparto, que ya no dejan nunca. Se lo fabrican los propios consumidores. Este calzado es de dos clases, a saber: *esparteñas* (de trenza o quizneja cosida) y *aubias, obías, agüias o agobías* (tejido, ora de tomiza, ora de ramal). En las tiendas cuestan las primeras unos 30 céntimos de peseta y duran de una a dos semanas. Las agüias no tienen valor en venta: duran sólo dos o tres días, pero fabrican el par en menos de un cuarto de hora. Cuando van al monte suelen llevar al hombro una nueva, a fin de no tener que pararse cuando se les rompe alguna de las puestas. Renovada esta, arrancan un manojo de esparto y sin dejar de marchar tejen otra en igual previsión y se la echan al hombro.

Los pastores no van ociosos detrás de su hato o rebaño: arrancan esparto de las atochas que encuentran al paso por todo el monte, y con él elaboran agüías para su uso, así como se les van rompiendo las que llevan, y guita o cosedera, que, no obstante de ser material crudo y verde, como recién cogido, sirve para coser pleita en la forma de esteras, serones, espuestas, etc. La cosedera que pueden hilar así entre los dedos durante la jornada les vale de 25 a 50 céntimos.

Fuera de los jornaleros y pastores, usan agüías los cazadores encima de las botas o zapatos, con objeto de no resbalar cuando caminan por la nieve o por terreno pedregoso o cubierto de hojas secas de pino o de hierba seca, etc. Igual aplicación reciben de los médicos en tiempos de nieve, para subir y transitar por las accidentadas trochas que sirven de calles a las cuevas. Hace algún tiempo las usaban también los curas cuando habían de administrar los sacramentos a enfermo de las cuevas durante una nevada o una tormenta.

Una concordancia histórica

Esta unión curiosísima de la vida troglodítica con la industria espartera nos transporta a los tiempos llamados prehistóricos. Hace diez y ocho siglos escribía Plinio el Naturalista que los habitantes de la España citerior hacían de esparto sus camas, la lumbre, antorchas, calzado y hasta vestido para los pastores. Pues bien, ya entonces eran antiquísimas estas aplicaciones del esparto en nuestra Península: las cuevas de la época neolítica del territorio Bastitano, a que Jódar pertenece, han dado esparto tejido en multitud de formas y constituyendo diferentes objetos, bolsas y cestos a diversos tamaños, destinados algunos a llevar las armas de piedra; gorros y túnicas de labor finísima, labradas ora a mano, ora con telar vertical, como las que todavía cubrían los esqueletos hallados en la cueva de Albuñol, descrita por Góngora; sandalias semejantes a las esparteñas y a las agüías o agobías que actualmente usan nuestros trogloditas de Jódar, como en Albuñol mismo. De otra cueva de Albánchez, a pocas leguas de Jódar, se han sacado también esqueleto con armas de piedra, con tejidos de esparto, en sepulcros de las cercanías de Baza.

Es interesante observar el progreso realizado a través de los siglos en materia de indumentaria. Los esqueletos de Albuñol, vestidos de esparto fino, debieron pertenecer a rémulos o señores poderosos, pues ceñían la frente con sendas diademas de oro. En el siglo 1 de Jesucristo era famoso por todo el orbe el lino de Játiva y de Tarragona, y los moruecos de la Turdetanía se vendían a tres mil pesetas por cabeza para semetales, por la hermosura del vellón, que prestaba la primera materia para aquellas lujosísimas pretextas íberas tan celebradas por Martial y Virgilio y que alcanzaban en Roma precios tan elevados: por esto no vestían ya de esparto más que los pastores: *Hinc (sparto) pastorum vestis* (Plinio, Nat. Hist. XIX, 7, 1). En la actualidad, ni aun los pastores visten ya de esparto: la única aplicación que todavía recibe este en indumentaria es para calzado, según queda dicho.

Cuanto a las cuevas actuales, tengo por seguro que son una supervivencia de las primitivas. Frontino hace mención de un pueblo íbero de trogloditas que Sertorio habría reducido por una ingeniosa estratagema a su obediencia.

Rendimiento que la labor del esparto produce a los trogloditas de Jódar. Su alimentación

Por término medio, ganan en esta industria, trabajando catorce o diez y seis horas cada día, los hombres, 75 céntimos de peseta; las mujeres, 50; los muchachos de ambos sexos, de 25 a 50: una familia compuesta de padre, madre y dos hijos o hijas en edad de trabajar puede contar sobre la base de 1,50 a 2 pesetas diarias, salvo crisis y enfermedades. En estas familias nadie huelga: puede añadirse que cada uno trabaja para sí, equivaliendo lo que consume a lo que gana. Por esto, en términos generales, la muerte del padre introduce menos perturbación en la familia que la muerte de la madre: las viudas siguen sosteniendo la casa y criando a los hijos casi en iguales condiciones que antes, sin que se note apenas en la economía de la familia la falta del muerto. Aunque con gran dificultad e imponiéndose privaciones, llegan algunos a hacer ahorros y adquirir tal cual pedazo de tierra laborable, pero es la excepción. La regla es que gasten día por día todo lo que ingresan: llegada la noche, *han hecho testamento*. Por otra parte, no se les impone tanto la previsión como a los labradores, pudiendo acostarse siempre con la seguridad de que al día siguiente ganarán lo preciso para sustentarse, habiendo tratadas y almacenistas con capital.

La gran exportación de este textil a Inglaterra entre los años 1870 a 1880 llevó la abundancia a las cuevas de Vista Alegre, llegando sus moradores a obtener ganancias dobles que antes, esto es, 3 o 4 pesetas diarias cada familia; más luego hubieron de descubrirse los inmensos atochares de Argelia, abriéndose el camino de la costa por medio de ferrocarriles, y reducida otra vez la producción espartera de Jódar al consumo interior, descendieron los precios al nivel antiguo, que viene a ser el mismo que se mantiene en la actualidad.

No hay que decir después de esto si las comidas de nuestros trogloditas serán modestas y frugales. En invierno toman por la mañana una *gacha-miga*, compuesta de harina de maíz, sin más adobo que de aceite, y con poca agua para que quede dura: por la noche, *el caliente*, que es un guisado de arroz con bacalao y patata; cuando el dinero no alcanza para bacalao, lo sustituyen por raspas o colas. En primavera y verano se suspende el uso de las gachas por la mañana, y en su lugar comen pan con fruta, principalmente higos y uvas, o con rábanos, o con pepino (de uvas y pepinos sobre todo hacen gran consumo); por la noche, "el caliente", lo mismo que en invierno. No usan vino en las comidas: el poco que beben los hombres ese en la taberna los días festivos.

Costumbres: independencia de carácter: trabajo en común: veladas y castillos: novenarios domésticos

Los trogloditas de Jódar forman una clase aparte dentro de la villa: el proletario que ha nacido en una miserable casucha creería descender en la consideración social si pasara a vivir en cuevas: así es que los matrimonios que diríamos mixtos, son rarísimos. Los muchachos, sobre todo, cuando bajan a la villa moderna, son mirados como casi forasteros, si tal vez no como hijos de alguna kábila de beduinos. No ha de creerse por esto que los trogloditas de Jódar sean rudos en el aspecto o en el trato; antes por el contrario, son afables y hospitalarios, inteligentes y reflexivos, sin dejar de ser joviales. Las mujeres jóvenes y los niños son de agradable presencia. Uno de los rasgos más simpáticos de su carácter es un sentimiento vivo y profundo del *homo sum*, y la solidaridad que es su consecuencia: cuando alguna desgracia aflige a una familia, fáltales tiempo a todos, parientes o extraños, para procurarle el remedio o el alivio que está en su mano. En la villa gozan fama de fieles y leales. Y no obstante la vida angustiosa y miserable que hacen, tan llena de escaseces, no se les conocen hurtos.

Otra de las cualidades morales más salientes del carácter de nuestros trogloditas, y que hacen de ellos como una raza parte, es la independencia. Júzguese por estos dos hechos. Nunca piden limosna: cuando sobreviene una de esas crisis de trabajo, durante las cuales invaden las calles de otras poblaciones nubes de jornaleros convertidos en mendigos, el Ayuntamiento de Jódar tiene que proveer por su propia iniciativa al socorro de los de las cuevas, pues sin eso, antes que pedirlo ellos, dejaríanse morir de hambre. El otro hecho: no se conoce un solo caso de jóvenes oriundas de las cuevas que se dediquen al servicio doméstico: allí nacen, allí se casan y allí mueren. Y a tal extremo las absorbe la labor del esparto, que ni siquiera aprenden a coser, teniendo por esto que tomar a jornal una costurera cuando han de hacerse alguna prenda de vestir. Los de la villa las motejan por ello en sus cantares, tales como éste: "Las mozas de Vsita Alegre²/ Son altas y bailan bien;/ Las ponen un camisón,/ Y no lo saben coser".

Es frecuente que las muchachas solteras se reúnan en grupos para trabajar juntas, ora de día, ora de noche, en sus respectivas cuevas por turno, señaladamente durante el invierno. Como la labor de pleita es puramente mecánica y no requiere género alguno de atención, pasan entretenidas la velada en animada conversación, a que son muy aficionadas. Además, economizan aceite o petróleo, pues con un solo candil se alumbran varias. Las vísperas de los días feriados de entre semana suelen trabajar así juntas casi toda la noche, a fin de hacer la tarea que correspondería al día siguiente y poder guardar la fiesta.

Las noches de los sábados son arbitrio suyo. Una vez que han terminado la tarea que deben a la familia (lo que diríamos el jornal, lo preciso para costear el consumo del día),

² Nota de Costa: Así se llama en conjunto la población de las cuevas, como dice otro cantar local: "La calle Nueva es la gloria; el Mesón, el purgatorio; Las cuevas de Vista Alegre, donde lo murmuran todo".

quedan en libertad de dedicarse al descanso o de trabajar en su provecho personal. Es algo como el “cabal” (caudal) del Alto-Aragón, como el “conuco” de los negros de Cuba. La labor hecha en esas horas extraordinarias no se mezcla con la ordinaria del día, o sea con la de la familia: trabajan esparto que les suministran al efecto los almacenistas, y reciben directamente de estos la retribución correspondiente a la labor hecha. El producto lo destinan a sus galas (toquillas, zapatos, pendiente,s etc.). Para divertir el trabajo y hacerlo al propio tiempo más intenso y productivo por la virtud del estímulo, no se limitan a hacerlo en común, sino que lo combinan con cierta manera de juego o de lotería, a que llaman “hacer castillos”, en las que las más activas sacan alguna ventaja sobre las distraídas o menos diligentes. Terminada la tarea que se han impuesto, bailan un rato antes de retirarse.

Los mozos no son “cabaleros”; prefieren consagrar esas horas libres a distracciones en la villa, visitar a la novia, ir de ronda, etc.

Otra costumbre digna de mención es la del culto doméstico. Consiste este en novenas ofrecidas por voto en trances apurados –a las Animas en las grandes aflicciones, a San Antonio por extravío de bestias, a San Ramón en los partos difíciles, a Santa Lucía en las enfermedades de la vista, a Santa Rita en las quintas, etc. El cumplimiento de estos votos no tiene fecha obligada, pero lo más común es que se haga en el mes de Mayo. En uno de los pequeños departamentos de la cueva arregla la familia una capilla, cubriendo las paredes y el techo con colgaduras (colchas, etc.); levanta en ella un altarillo con algún cuadro o imagen de talla, macetas, ramilletes y flores sueltas, y todo género de adornos sagrados y profanos, estampas, crucifijos, medallas, pendientes, juguetes de plomo, etc., que facilitan a este efecto, en su mayor parte, los vecinos. Por la noche se enciende en el altar una lamparilla. Durante nueve días reúnen en la cueva, llenándola toda, los parientes y vecinos: entre los asistentes ha de haber uno con bastantes leras para poder leer la novena correspondiente, que tienen impresa en un libro, junto con romances de vario género. El último día, obsequia la familia con un refresco a todos los que han tomado parte en la piadosa manifestación.

En el orden de las supersticiones, está muy extendida una que consiste en coser dentro del chaleco de los mozos, cuando entran en quinta, una peseta de las antiguas de cinco reales, sin que lo sepa el interesado. Tan grande virtud atribuyen a este amuleto, que, al decir suyo, es cosa probable que el que lo lleva obtiene número alto indefectiblemente, y se exime de pagar el odiado tributo. Así es que las pesetas de columnas se cotizan con prima en Vista Alegre, o circulan prestadas de mano en mano entre las pobres madres que no acaban de estimar el honor de *servir al Rey*, juzgándolo demasiado caro.

Un problema apuntado para conclusión

Tal vez, después de lo dicho, sienta tentación el lector de preguntarse si no será quizá un error eso de que el tránsito de la caverna a la casa ha sido siempre, doquiera y en

toda relación, un progreso que la humanidad reconocida debe bendecir; si en muchos casos, dadas las condiciones económicas y aun de salubridad de las actuales viviendas, principalmente en las ciudades, no estaría, al revés, el progreso en retrogradar a la cueva. Del proletario de la ciudad, sea obrero o de levita, no puede decirse que vive, sino que agoniza, atosigado a la continua por la preocupación del alquiler: no le alcanzarían los mezquinos ingresos que se arbitria para adquirir la cantidad de alimento necesaria a reparar los desgastes de su organismo y todavía tiene que mermarles una cuarta parte, a menudo un tercio o una mitad, para comprar el derecho de acogerse a una estancia ruin, de capacidad insuficiente para uno, y que sin embargo tiene que servir a muchos, reñida con los preceptos más elementales de la higiene, encendido horno en el verano, sin otra protección contra el frío que la teja vana en el invierno, y en todo tiempo tan desolada y repulsiva, que sería difícil imaginar disolvente más activo que ella para la familia. Ese estado de angustia latente, de intranquilidad sorda, diríamos de lenta combustión del cuerpo y del espíritu, que la obsesión del alquiler, más aún que la del alimento y del combustible, determina en el proletariado, devora más existencias y abre más sepulcros que el cólera morbo y que la tisis. Si el bracero pudiese destinar a pan, a carne, a vino, a ropa, las dos terceras partes si quiera de lo que ahora le consume la vivienda, padecería menos enfermedades, disfrutaría de más bienestar, la vida media aumentaría, y con la vida media la riqueza, y en suma, la nación estaría más adelantada, a despecho de las invectivas que pudiera inspirar al viejo Chauvin el espectáculo de un pueblo de trogloditas en los suburbios de Sevilla, de Barcelona, de Madrid. Retroceder es adelantar cuando el adelanto ha sido un retroceso. Por otra parte, el progreso no es cosa abstracta, ni su realidad es incondicionada y absoluta: se da en función de los antecedentes y del medio; y ya la experiencia con repetidos escarmientos nos ha enseñado, antes de que la filosofía lo descubriese y llamase a la razón a los reformistas "à outrance", que en tales o cuales circunstancias surten efecto de empeorar lo existente reformas que en circunstancias distintas habían surtido el efecto contrario de mejorarlo. También en economía es verdad el *bene latas sententias in pejus reformare* de Ulpiano.